

PRESENTACIÓN



EL PRESENTE número de ATENEA gira en torno al tópico central con que fue convocada la última Escuela de Verano organizada por la Dirección de Extensión de la Universidad de Concepción: “Identidades latinoamericanas y globalización”.

El tema es de la mayor actualidad, como que se encuentra en pleno proceso sin que podamos todavía prever su resultado final. Como escribe uno de los autores convocados, cabe una pregunta fundamental sobre el proceso de globalización: ¿Alterará el fenómeno de mundialización las tradiciones culturales de los pueblos o las reforzará?, o dicho de otro modo, ¿cuáles son los desafíos principales que presenta la globalización a las culturas y, específicamente, a las identidades latinoamericanas?

Los trabajos aquí reunidos responden de muy diversa manera a estas cuestiones, constituyendo una suerte de panorama o mapa de los diversos enfoques que suscita la aparición de la sociedad mundializada.

Pedro Morandé, en un artículo fino y ponderado, propone investigar desde la sabiduría que ha formado la tradición cultural de nuestros pueblos, la barroca mestiza, según sus términos, las nuevas condiciones sociales y culturales del mundo actual. Llama a superar la contraposición paralizante entre “apocalípticos e integrados” sobre la naturaleza de la globalización, para investigar nuestra cultura con la misma pasión con que los científicos se dedican al estudio de la naturaleza.

Pasión y poesía es lo que introduce Otto Dörr en su artículo sobre la postmodernidad, la infaltable palabra en el tema de la globalización. Frente al hombre postmoderno perdido entre los infinitos objetos de consumo y la búsqueda frenética de sensaciones cada vez más fuertes, el autor se cuestiona qué hacer. Su respuesta es que la pregunta por el sentido se torna cada día más perentoria e inminente. ¿Pero de dónde hacerla? Otto Dörr propone un lugar, que al feroz pragmatismo imperante puede parecerle idealizante y, por lo mis-

mo, inocuo, pero que la historia humana nos ha enseñado que, al fin, es el más transgresor y peligroso para el orden consagrado: el canto poético. Es la otra voz de que nos habla Octavio Paz, la voz del sueño, del mito y de la convivencia con la tierra madre, que de no escucharla precipitará el cataclismo del precario equilibrio del planeta.

Sol Serrano inicia su inteligente trabajo con una pregunta: ¿Se puede ser católico y moderno hablando en el español de América? La intención de la autora no es responder, sino llamar la atención a partir del caso chileno, de la necesidad de estudiar empíricamente la relación entre catolicismo y modernidad.

Y para ello propone una actitud crítica renovadora, la historiografía debe aceptar que la experiencia religiosa es una experiencia en sí misma, que debe estudiarse como un fenómeno sensible y legítimo.

En este marco Sol Serrano examina con propiedad y rigor la relación entre identidad cultural y modernidad en América Latina desde el período de la independencia hasta las actuales posiciones sobre la secularización, cara visible de la modernidad.

El nudo de su exposición está en la crítica que hace tanto a las tesis del culturalismo católico y de la teología de la liberación, que han sido incapaces frente al fenómeno de la secularización de asumir la posibilidad de un catolicismo que integre valores de la modernidad liberal. De aquí su postulación de un discurso histórico empírico, capaz de sobreponerse al ideologismo del otro, que estudia la historia de los sujetos que creen en Dios bajo la certeza de que Dios no existe.

El artículo más provocativo sobre globalización parece ser el de Javier Pinedo. Rema contra la corriente el autor cuando propone que América Latina no ha levantado una propuesta para enfrentar el inevitable fenómeno de la globalización y se ha dedicado más a lamentarse de sus efectos. La ausencia de propuestas nos ha llevado a refugiarnos en una supuesta identidad latinoamericana, marcada para siempre por el mestizaje, el catolicismo popular o la ausencia del padre.



Esta arraigada creencia de que formamos parte de una identidad o un "ethos" particular, es la que se opone a cualquiera propuesta creadora sobre el proceso de globalización.

En la mesa redonda en que participó Javier Pinedo, un panelista afirmó: "No hay que olvidarse que existen globalizados y globalizadores"; el autor del artículo que comentamos parece responder con firme convencimiento, que oponerse al fenómeno es como haberse opuesto al Renacimiento o a la Ilustración, y ya sabemos lo que ocurrió política, económica y culturalmente a los países que los combatieron.

Por último, debe entenderse que Pinedo no es un globalizador a ultranza, sino alguien que ante la inevitabilidad de la instauración de un nuevo tipo de sociedad busca elaborar una propuesta creativa ante ella.

Laureano Reyes Gómez, en un interesante artículo, busca explicar, teniendo a la vista el caso de Chiapas, el modo en que las comunidades indias han reaccionado frente a los procesos de inclusión y exclusión que lleva a cabo la política indigenista oficial. Las imposiciones y consecuentes reacciones se han traducido en un diálogo de negación y afirmación entre la tradición indígena y la modernidad en el país azteca.

Es notable, en la tendencia de ubicar al indio como una raza inferior, el cuadro que el autor proporciona sobre los resultados del mestizaje, según la autoridad colonial. Así, frente a la constatación puramente biológica, que el cruzamiento de español con india da mestizo, se enumeran otras cruza denigrantes e insólitas: morisco con española da chino; chino con india salta-atrás; salta-atrás con mulata lobo; lobo con china jibaro. Aunque, lógicamente está clasificación ya no existe, revela el racismo de la época, aún vigente, afirma el autor, en las oposiciones indio-blanco, indio-gente de razón. El artículo concluye examinando el reclamo del derecho de vivir la diferencia dentro de la igualdad que se hizo manifiesto con el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (E.Z.L.N) en 1994.

Ticio Escobar, en un artículo muy demostrativo de la actitud de resistencia ante la presencia avasalladora del mercado, un dios sin rostro, como dice Octavio Paz, destaca las posibilidades críticas y contestatarias de la producción artística popular y de ciertas minorías de filiación ilustrada.

Para demostrar ello, Escobar examina la "agenda insumisa" posible de detectar en los impulsos críticos de algunas prácticas artísticas, tanto de origen popular tradicional como de ascendencia ilustrada, que coexisten con la producción y el consumo provenientes de las industrias culturales y mass media.

La coexistencia cómplice o conflictiva en un espacio en que conviven temporalidades diversas y lenguajes distintos, desmiente el mito moderno del progreso en el que cada etapa alcanzada significa la desaparición de la anterior, que rápidamente pasa a formar parte del museo.

El autor destaca, por sobre todo, un recurso contrahegemónico: el silencio. ¿Cómo puede hablarse callando? La respuesta de Escobar es sorprendente en su hermosura: mediante la poesía.

En este punto se produce uno de los encuentros de las líneas del mapa del que hablábamos al comenzar la presentación.

Se cruza la "línea Dörr" con la "línea Ticio Escobar" para llegar a la misma conclusión: la exaltación de los poderes de la poesía para hacer estallar la lengua homogeneizadora en que se funda, en gran medida, el discurso de la globalización.

Los trabajos generados en la Escuela de Verano en torno a identidades y globalización finalizan con el artículo de Mario Toral "El artista y la violencia". Se trata de un testimonio dramático sobre el ataque a las torres gemelas de Nueva York. Residente en esa ciudad, en el barrio de Chelsea donde tiene su estudio, Toral es testigo de primera mano de la tragedia del 11 de septiembre. Espectador terriblemente privilegiado del horror que se cierne sobre la llamada capital del mundo, escucha los llantos, palpa los miedos, asiste a las invocaciones a Dios: "My god, My god", y asume de las negaciones de quienes no quieren creer: "No es verdad", dice alguien en la muchedumbre.

A partir de este escenario apocalíptico, Toral reflexiona sobre la violencia y su relación con el arte para llegar a una esperanzadora conclusión, el artista ante la violencia imagina la paz, ante la angustia se acoge a la serenidad, "ante el temor, la confianza en el hombre y la esperanza que la verdad y la belleza priman en el ser humano".

El resto de los artículos, sin pertenecer a los generados en la Escuela de Verano, tienen una relación tangencial, como no podría dejar de tenerla con la globalización. Nos referimos a los trabajos de Fernando Robles sobre Georg Simmel, de Miguel Alvarado acerca de las transformaciones en el discurso antropológico y un trabajo tan interesante como los anteriores sobre Gabriela Mistral de José Valenzuela Feijóo. Completan el número una entrevista a Humberto Duvauchelle hecha con mucho conocimiento por Sergio Ramón Fuentealba y las habituales reseñas de libros a cargo esta vez de Marta Contreras, Virginia Vidal, Cristián Gómez y Rogelio Rodríguez.

En Plástica, María Nieves Alonso comenta la exposición que en el marco de la misma Escuela efectuó Mario Toral. Se trata de una presentación que casi es

un poema, que está a punto de serlo y lo es de repente: "Unidad y fragmento, necesidad y deseo, gravedad y gracia, desolación y quimera, ascenso y caída —la desolación de la quimera—, vértigo, quietud, convulsión, delicadeza, muertes y resurrecciones, de todo. Del vacío y del hombre, de espacio y tiempo, de todo esto nos hablan estos cuadros texturados, pintados capa sobre capa"...

El tono, las enumeraciones, las aliteraciones configuran un discurso metonímico que se despliega poéticamente y con admiración suma se refiere a las telas, dibujos y litografías de Mario Toral que se expusieron en la Pinacoteca de la Universidad de Concepción.

Esas telas, según María Nieves Alonso, hablan "aún al corazón abrasado" cuando el horror ha puesto nombre a todas las cosas.

Lo escrito por Alonso sirve para explicar, en alguna medida, el porqué hemos elegido como motivo de la portada del número 484 de ATENEA el grabado que lleva por título: "El hombre del tercer milenio declara: soy libre como un pájaro".

La frase contrasta paródica, irónicamente con la figura del muñeco, de la marioneta movida por hilos totalmente visibles. Subrayamos porque quien maneja las marionetas, el titiritero, oculta tradicionalmente el mecanismo que mueve sus figuras. Es la regla de su arte el disimulo y el enmascaramiento. Una de las características de la gran titiritera llamada globalización, es no ocultar para nada la servidumbre a que somete a los globalizados. Moviendo los hilos, proclama sin vergüenza la libertad del muñeco; a la globalización le da lo mismo, que le creamos o no, ya que actúa por consignas, mediante un lenguaje que no informa, sino ordena.

Mario Toral expone este nuevo mecanismo del poder que se exhibe impudicamente como tal; al contrario del poder que se desarrolló en la modernidad que se disimulaba, se enmascaraba bajo el velo de la ideología, de la religión o de la política.

Perverso mecanismo el de la postmodernidad que exige una propuesta, ya no de desenmascaramiento sino de resistencia. Resistir porque no hay nada que desenmascarar, el sometimiento y la mentira están totalmente a la vista. Tal vez la parodia de frases socializadas ("soy libre como un pájaro"), como opina Ricardo Piglia en su clásica novela Respiración artificial, sea en la actualidad la mejor forma de resistencia.